

ALFAGUARA

Ignacio Solares

No hay tal lugar



Para Vicente Leñero,
maestro y amigo.

...avancemos, en fin, hacia nuestra utopía.
¿Hacia la utopía? Sí: hay que establecer
nuevamente la idea clásica.

PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA

Los tarahumaras caminan incansablemente
hasta situarse como otra estrella en el mundo,
al que sostienen con sus ritos
para que viva, para que permanezca.

CARLOS MONTEMAYOR, *Los tarahumaras.*
Pueblo de estrellas y barrancas

Quando el joven sacerdote jesuita Lucas Caraveo llegó al valle de San Sóstenes, en la Sierra Tarahumara, los habitantes del lugar lo supieron enseguida. No que lo hayan visto llegar, pero lo supieron como sabían ellos cuanto sucedía de insólito a su alrededor: por un vuelco del corazón, por un sabor especial en la boca o, la mayor parte de las veces, por una simple visión al entrecerrar los ojos. Las cosas se les volvían meros pretextos al puñado de habitantes del valle de San Sóstenes para ver en ellas lo que querían ver. O lo que no podían dejar de ver. Al inclinarse las mujeres sobre el fogón y soplar las cenizas para desnudar el rostro luminoso de la brasa, la brasa era de pronto otra. Otra del todo. O los ruidos: el chasquido del agua al regar las plantas, el grito estridente del güet: un ave zancuda de por ahí, que anunciaba la llegada de un visitante inesperado. El viento que traqueteaba al atardecer afuera de las casas era también un buen estímulo. O el último sol del día, que fabricaba toda clase de espectáculos cinéticos en los vidrios de las ventanas. Por eso se veía tan seguido a la gente del lugar sacudir la cabeza, como para ahuyentar un ensueño doloroso que la oprimía o, por el contrario, una visión que la deslumbraba. Sus pupilas se dilataban para escuchar en la penumbra, para evitar o atraer aquello que sólo así, ahí, podía aparecer. Casi preferían la plena oscuridad a la luz temblorosa del velón de sebo que los alumbraba por las noches, y que transfiguraba las cosas con su amarillento, macabro resplandor. Y aun durante el día, al llegar la luz desnuda de afuera, el penumbroso interior de las casas se les volvía doblemente atractivo, pleno de apariciones.

Lucas entró al pueblo en la tarde húmeda, arrastrando los pies y con unos ojos que le revoloteaban en las órbitas como pequeñas aves enloquecidas. Una suave luz se depositaba en el aire y en la tierra. Recorrió las calles sin asfaltar pero limpias, las casitas blanqueadas con pequeñas ventanas donde, de vez en cuando, asomaban unos ojos fosforescentes. La atmósfera hervía de olores tibios y contrarios. El frío parecía aumentar, condensarse junto a las ramas crepitantes.

En cierto momento tuvo la impresión de que las calles se levantaban en su contra y había un grito escondido en cada puerta y en cada ventana: "¡Lucas Caraveo, es Lucas Caraveo!"

*

Lucas no tenía ninguna intención de ir a aquel lugar, enclavado en lo más recóndito de la Sierra Tarahumara, pero su superior se lo pidió. De alguna manera se lo ordenó. Se lo puso como condición para autorizarle dos semanas de asueto para visitar a su familia en Chihuahua, a la que hacía un par de años no veía. Su madre había estado un poco enferma, argumentó Lucas, con los ojos bajos que siempre mostraba a su superior. Después de escucharlo, el superior se puso de pie y abrió la ventana de la sacristía, dando paso a un viento cortante y seco. Las celdas de los sacerdotes estaban al otro extremo del patio, en la residencia: una construcción rojiza, con techo de dos aguas, pequeñas ventanas simétricas y un macizo barandal herrumbroso. Junto a la residencia se veían, recortados, el refectorio y la sala de labores, que era donde los niños tarahumaras aprendían a hablar en cristiano, a deletrear, a sumar. *Wé gara nátame hu*. En otra esquina del patio estaba la cocina con su alta chimenea que despedía rizos de humo, colindante con la huerta de la misión.

—Vaya, vaya. Visite a su familia, atienda a su madre y descanse, padre Caraveo. Después de todo, lleva un par de años sin tomar vacaciones, ¿no es así? Pero antes le voy a pedir un favor, padre. Total, le queda de camino. ¿Usted ha oído hablar de un pequeño poblado que se llama San Sostenes? ¿No? Casi nadie lo conoce, es cierto. Muy pocos llegan ahí porque está enclavado en uno de los lugares más enredados de la sierra, lo que ya es decir. Tiene dos entradas, pero a cuál más inaccesible. El lugar tuvo su importancia al final de la época colonial y en los albores del periodo independiente, según me dicen, pero luego desapareció, se volvió de humo, como tantos otros lugares de por aquí, ya lo habrá visto usted.

El superior era un hombre delgado y de baja estatura, bien rasurado, con unos gruesos lentes de aro de metal que escondían unos ojitos escrutadores y pugnaces. Llevaba un saco oscuro que le quedaba grande y en cambio el alzacuello era demasiado estrecho. Agitaba una mano en el aire y por momentos asomaba por entre la amplia manga un antebrazo como una viborilla pálida.

—Déjeme enseñarle algo —y de una cajonera de madera burdamente tallada, sacó un fólter con lo que parecía la fotocopia de un texto casi ilegible—. Allá por los años cuarenta, el provincial de nuestra Compañía se interesó por el lugar, pero escuche usted la respuesta que recibió del obispo de Chihuahua: “En respuesta a su tal, tal y tal..., según me informa la Inspección General de Monumentos de este Estado, en el valle de San Sóstenes no hay habitante alguno y sólo conserva unas cuantas casas de adobe y una iglesia semidestruídas. Por el momento, me informa también esta Inspección General de Monumentos del Estado, la carencia de fondos les imposibilita realizar cualquier reparación o ayuda al lugar, etcétera, etcétera”. ¿Qué le parece, padre Caraveo? Del todo normal, ¿no? Si les solicitáramos un nuevo informe, nos responderían exactamente lo mismo, es seguro. Aunque sabemos que ahora sí hay gente, nos contestarían lo mismo. Capaz que copiaban el oficio anterior y ni siquiera se tomaban la molestia de ir a revisar

el lugar —y las comisuras de la boca se le distendieron en una mueca sarcástica.

En una esquina, arriba de la cajonera y sobre un pedestal de yeso, había un busto de San Ignacio de Loyola —retocado con pinturas de vivos colores hasta la caricatura— con un libro abierto en las manos, en el que se leía: “Ad Majorem Dei Gloriam”.

—Nada de esto tendría importancia —continuó el superior; detrás de los gruesos cristales, como peces en una pecera, sus ojos miopes se agitaron— si no fuera porque hace unos diez años un padre de nuestra Compañía, Ernesto Ketelsen, nos abandonó... y se fue a vivir ahí... con tarahumaras... y enfermos terminales. Como lo oye. Ahí mismo. En realidad, Ketelsen ya estaba por dejar la Compañía; es el ser más extraño que he conocido, y aunque tiene un montón de cualidades carece de la más importante para nosotros: disciplina, usted me comprende. Primero convenció a un puñado de personas de aquí y de allá (creo que hasta de Sonora se llevó a un matrimonio muy enfermo) para que lo acompañaran a poblar el lugar y a formar una especie de Arca, según la definió aquel poeta italiano, medio profeta, Lanza del Vasto. Una comunidad rural que vive piadosamente en familias al margen de la sociedad y a contra corriente de ella, por decirlo así. Se parece a una secta pero, me dicen, no es una secta. Siguió especializándose en enfermos terminales, que ahora le llegan de todos lados. Gente que necesita consolarse con otros en iguales condiciones. Lo que no me gusta... es que Ketelsen se ha vuelto especialista en dizque experimentos parapsicológicos. No más imagínese, en plena sierra y entre tarahumaras. Además de las tesgüinadas y la danza del rutuburi, telepatía, hipnosis, espiritismo, ya se podrá imaginar usted. La materia más peligrosa con que puede jugar un creyente. Tengo entendido que de vez en cuando alguno de ellos baja a Creel a comprar o a vender alguna cosa y todos, me dicen, tienen un aspecto muy raro.

—¿Muy raro? —se atrevió a preguntar Lucas, con el movimiento incontrolable de las manos de cuando se ponía

nervioso.

—Como idos. Eso me dicen: como idos. Además de las enfermedades, quizás el exceso de tesgüino. Espero que no estén tomando peyote —el superior hizo un gesto despectivo blandiendo una mano—. En fin, bastantes problemas tenemos aquí como para preocuparnos por un puñado de enfermos terminales con el que experimenta el tal Ketelsen. Pero no está por demás que se dé usted una vuelta por ahí y me haga un informe. Es pura curiosidad personal, se lo confieso, pero como se trata de un ex jesuita y el lugar está en nuestra sierra me gustaría conocer más detalles.

“Nuestra sierra”, repitió mentalmente Lucas. El superior lo dijo en un tono como si, en efecto, la sierra fuera de ellos, de los jesuitas. Y de alguna manera lo era, desde que llegaron en 1607, y a pesar de los frecuentes rechazos y reacomodos, tanto con los indios como con los gobiernos en turno. “Ser jesuita en la Sierra Tarahumara es ser jesuita de a de veras”, le dijo el padre Luciano Blanco, uno de los fundadores de la misión, a Fernando Benítez, en un reportaje célebre. Benítez agregaba: “Los indios no son otra cosa que los restos del paleolítico, seres extraños que, por escapar a la codicia española, huyeron a las inaccesibles montañas y ahí permanecieron entre la nieve y la soledad durante siglos, hasta que otros blancos, atraídos por las minas, los bosques de pinos y las escasas tierras laborables, dieron con ellos y volvió a repetirse la historia de la cacería y el despojo. Finalmente, estos pobres seres despojados sólo han tenido una verdadera ayuda: los jesuitas.” Era cierto, y sin embargo..., Lucas recordó la primera misa a la que asistió ahí, recién llegado a la misión, con el entusiasmo (palabra cuya raíz significa algo así como Dios-dentro) de ser jesuita de a de veras cosquilleándole por dentro. En el altar, oficiante y sacristán dialogaban su rito en voz baja, con palabras y ademanes mecánicos, mientras los tarahumaras asistentes arañaban los rosarios inútiles y rezaban en voz alta oraciones incomprensibles, que nada tenían que ver con la ceremonia litúrgica. Como si cada tarahumara

fuera el personaje de una pantomima diferente; como si en una orquesta de sordos cada músico tocara la melodía de una obra distinta creyendo obedecer la batuta de un director invisible. ¿En qué momento aquel entusiasmo se te transformó en la apatía y las constantes crisis de angustia que ahora padeces, Lucas? El superior abrió un enorme mapa sobre la mesa. Un cuadro de cien kilómetros estaba minuciosamente detallado: cerro por cerro, arroyo por arroyo, pueblo por pueblo, bosque por bosque. Dentro de un radio de diez kilómetros —“entiendo, es demasiado amplio pero no sabemos exactamente dónde está”— había unas cruces pintadas con lápiz rojo, por ahí: el valle de San Sós-tenes.

—Entre Norogachic y Samachique, muy cerca de Cua-cuachique. El problema es que, como verá, sólo hay camino de brecha. La carretera revestida sólo llega hasta aquí, a Samachique. Además de los enredos para cruzar estas montañas, véalas. Tenga cuidado con las rocas que se desprenden de los cerros erosionados. Las he visto cada vez que paso por ahí. Manchadas de musgo, muy hermosas, tapizan las laderas, pero a veces también oscilan arriba de uno, amenazando con desplomarse en cualquier momento. He sabido de varios que han quedado abajo de ellas. En fin, llévese un guía y un caballo, los va a necesitar. Pásese ahí un par de días, hágame un informe con toda la discreción de que es usted capaz, lo conozco, y luego vaya con su familia a descansar y a atender a su mamacita enferma, bien merecido se lo tiene, padre Caraveo.

*

A Lucas le sudaba la frente bajo el fieltro del sombrero de ala ancha, pero más de desesperación que de calor, porque en realidad hacía frío. Traía en lo alto un cielo color ceniza, hinchado de nubes que se movían como locas de un lado al otro, con relámpagos esporádicos en los rincones de la

lejanía, pero sin decidirse nunca a reventar. En Chihuahua la lluvia se evapora exactamente un instante antes de llegar a las puntas de los montes.

Los abanicos verdes de mezquital parecían de cobre bruñido, y era de un verde terroso el halo que levantaban del suelo los trotes indolentes de los caballos en que iban Lucas y el guía: un hombrecito diminuto y regordete, con unos ojos enrojecidos como de demonio o de alcohólico — o de demonio alcohólico—, vestido con una camisa de manta amarillenta y un sombrero de paja con flecos. En la Sierra Tarahumara, más que el clima extremoso o los continuos abismos y quebradas, son peligrosos los imprescindibles guías, sin los cuales es del todo imposible encontrar ciertos lugares. A veces ni siquiera con ellos es posible encontrarlos y lo seguro es el alto riesgo de ser asaltado y golpeado, por lo menos.

La generosidad de los indios, por el contrario, resultaba a veces desarmante. En una ocasión, a Lucas se le cayó una cobija que llevaba amarrada a la silla del caballo. Varios kilómetros adelante lo alcanzó un tarahumara a todo correr, jadeante, con la cobija en las manos. Lucas intentó darle una gratificación, pero el indio no aceptó, negando con la cabeza y las manos, indignado. Ni siquiera había tenido que “huellear” tanto para alcanzarlo y lo hizo como puro amigo, no por interés alguno. Él era gente buena. *We ga pagótame hú.* “Como los que caminan arriba” —y señaló el cielo—, que sólo buscan nuestro bien. Así eran ellos. Pero si acaso aceptaban la gratificación, su respuesta era aún más desconcertante: “Dame las gracias por recibirlo, porque tú tienes dinero y yo no”.

La desconfianza que le producían los ojos del guía aumentaba conforme los observaba mejor: los iris tan estriados, con líneas sanguinolentas y manchas semejantes a las que deja el tabaco en los dedos.

A la izquierda de Lucas se extendía una larga meseta animada por brillos acuosos, tal vez a causa de un riachuelo escondido entre el mezquital, como un espejismo alentador, supuso. A la derecha, en cambio, había altas rocas filu-

das o dentadas, algunas con sus capuchones de nieve, macizas y solitarias bajo el cielo.

—Por ahí —dijo el guía, señalando a su derecha las cimas más altas, provocándole a Lucas un estremecimiento súbito.

Soplaba un viento gris y rasgado, muy frío, que levantaba una tierra suelta que la luz tornasolaba. Por el camino que iban, la vegetación era hostil. Malezas, espinos retoriéndose. Pero la tierra suelta era lo peor. Por momentos se arrinconaba y se endurecía, y podía divisarse en lo alto como una deslumbrante coraza. Conforme avanzaba el día empezaba a bajar en forma de lluvia seca y fina como un polvillo de madera que no cesaba hasta el alba y acribillaba los ojos y escocía la piel. Y si al caballo se le ocurría acelerar el paso era peor, porque entonces se enfrentaban la fuerza personal y la del viento, y del golpe siempre salía mal librado el rostro, que terminaba por envolverse en la nube y tragarse todo el polvo, transfigurándose en una máscara lívida.

Luego, de pronto —como en esos sueños en que se va de un paisaje a otro sin continuidad en el tiempo—, apareció un río entre los altos pinos. Así es la sierra. El río, como la sierra misma, se hace y se deshace, aparece y desaparece, se dispersa en infinidad de arroyos y se junta en los barrancos, alisando las rocas, labrando cauces de granito o lamando los troncos de los pinos, llenándolo todo con su murmullo cantarino, su grito ronco o su prolongado alarido al caer —como una serpentina de plata— en forma de cascada.

Ya con la noche encima, al llegar al cruce del puente, el guía no quiso seguir más.

—Creo que ya me equivoqué de rumbo y mejor me regreso —dijo sin una gota de duda en su voz tipluda, de lorito.

—¿Cómo es posible? —contestó Lucas, agitando las manos en alto.

—Así de fácil. Un lugar como ése al que vamos es mejor no buscarlo. Se lo dije desde que salimos. Hay más po-

sibilidades de perdernos que de encontrarlo —y repitió, señalándolo con un índice amenazador—. Se lo dije desde que salimos.

—Pero ya le pagué y necesito ir ahí, entiéndame.

—Si es por su pinche dinero, ahí lo tiene —y el guía sacó un puñado de billetes y los lanzó al suelo—. Pero yo mejor me regreso. Ya no me gustó nada este lugar donde estamos, está muy raro.

—¿Qué tiene de raro?

—Yo lo veo raro.

—¿Y qué puedo hacer yo para seguir? —preguntó Lucas en su tono más conciliador, arrastrando en la interrogación final una queja plañidera.

—Cruzar ese puente y luego revisar bien el plano, qué otra cosa —chasqueó la lengua—. Capaz que deveras ese lugar que busca está del otro lado, quién quita.

El guía señaló el arranque de un tablón angosto: era el puente que unía las dos márgenes de un profundo abismo.

—Está bien, lo voy a cruzar.

Lucas se bajó del caballo, ajustó su morral al hombro, y con la actitud más resuelta de que era capaz, puso un pie sobre la tabla oscilante.

—Santo cielo, por lo menos persígnese.

—Tiene usted razón —y Lucas se persignó.

El guía lo vio avanzar haciendo equilibrio con los brazos, hasta que su figura bamboleante se perdió en la sombra. El sombrero de ala ancha le voló como un papalote.

—Es usted muy valiente, padrecito, con muchos huevos, la verdad —le gritó el guía en tono irónico, un instante antes de rescatar el dinero que había tirado al suelo, tomar las riendas de los caballos y regresarse por el mismo camino.

*

Lo que el guía ya no vio fue que, casi al llegar a la otra orilla, Lucas se tambaleó peligrosamente bajo una ráfaga de viento. Lo estremeció en especial —con un estremecimiento que le hizo bajar culebritas por la espalda— escuchar en las profundidades del abismo el rumor cantarín de un agua que lo invitaba a su compañía: Ven, Lucas, ven, aquí no hay necesidad de cumplir órdenes absurdas de superiores odiosos, ni de complicarte la vida con tus dudas sobre Dios y tu contradictoria vocación sacerdotal, ven, ven.

Logró cruzar y, enseguida, Lucas se supo en “otro” lugar.

Quizá la sensación se debía al susto —un susto como no creía haberlo tenido antes— de casi haber caído al abismo. Pero lo cierto es que la “otra” orilla a la que había arribado era totalmente distinta —en atmósfera y en ambiente— a la que dejaba atrás.

Una región de la sierra cuya naturaleza no alcanzaba a vislumbrar de inmediato, pues algo semejante a una densa bruma lo envolvía y estrechaba, cerrándosele el horizonte casi en las narices.

No que fuese una verdadera bruma, sino algo semejante a una bruma, porque su dura densidad le velaba la visión, tal como si estuviese gravitando sobre él una atmósfera de cenizas volcánicas en suspensión.

¿O de veras el susto le habría provocado alguna descompensación orgánica, particularmente visual?

Igual aridez, le parecía, revelaba el suelo que pisaba a tientas, y que crujía bajo sus pies como si lo formaran hojas secas o cristales de sal. ¿Dónde estaba?

Debió quedarse dormido un buen rato porque en cierto momento se descubrió con un sol que ascendía orondo como una naranja. Caminó durante horas (aunque al perder la noción del tiempo era difícil saber cuántas). Hacía breves escalas para revisar el mapa y tratar de comer algo (aunque su estómago sólo soportaba el agua). Si un terreno le había sido favorable, de pronto se quebraba de un modo extraño, incomprensible.

Subía la cuesta de una loma y al llegar a su vértice daba con un borde cortado a pico. Otras veces, al descender algún declive, se encontraba con un inescalable murallón de tierra, y debía circunscribirlo hasta encontrar la salida. ¿Pero cuál salida?

Caía por tierra rendido y sentía una extraña sensación bienhechora. Respiraba profundamente, metía la cabeza dentro del pecho, escuchaba el retumbar de su corazón desbocado, sentía pena de sí mismo. ¿Qué hacía ahí, Dios mío, qué hacía ahí? O se tiraba al suelo y colocaba la oreja contra la tierra, en la que creía oír —pero cómo no— la llegada de un arroyo que venía en creciente. Dicen los tarahumaras que cuando alguien permanece suficiente tiempo con la oreja pegada a la tierra, puede oírla cantar. Y, agregan, el canto es la más alta cualidad que algo o alguien puede tener. Cantan los hombres, pero también los árboles, las plantas, las raíces, el peyote y el *bacánwi*. Si alguien duerme cerca de las raíces, puede oír a las plantas cantar y moverse al mismo tiempo. El peyote puede hasta cantar dentro del costal en que lo llevan. Un tarahumara que se sirvió del peyote como almohada no logró dormir porque, le dijo a Lucas, la planta no dejó de cantar durante toda la noche.

Pero Lucas levantó la cabeza de la tierra y a su alrededor no cantaba nadie, y no había nadie ni nada. Tan sólo el viento zumbando, laderas cortadas a pico y valles interiores de piedra —siempre de pura piedra—, hondas barrancas que descansaban sobre cauces resecos —siempre resecos—, caminos en los que los abrojos y los matorrales grisáceos eran el único descanso que tenía la vista. Estaba mareado y sentía náuseas; incluso intentó vomitar, suponiendo que después se sentiría mejor, pero no lo logró y tan sólo se arqueó convulsivamente.

Tenía que haber un lugar al cual llegar. Aunque la duda le amargaba más aún la boca, le cosquilleaba en las manos, le palpitaba en las sienes. Por eso apenas recobraba un poco de fuerzas, volvía a correr veloz, doblado, con la barbilla clavada en el pecho. Tropezaba, resbalaba en las rocas, ga-

teaba, se levantaba y hacía equilibrios; se arañaba las manos en el tronco de un pino mientras rezaba trozos de una oración inútil, que no llamaba a nadie. En algún momento estuvo un buen rato ahí, maldiciéndose, quejándose y haciendo unos enredados esfuerzos para levantarse. Lo fue consiguiendo poco a poco, primero un pie, luego la rodilla de la pierna contraria, luego los dos pies, luego un gran impulso con las manos para enderezarse, para poder avanzar sin caerse de nuevo, agazapado como un mono, balanceando los brazos con fuerza para guardar el equilibrio. ¿Sería el propio miedo el que lo tenía tan aterido? Recordó que la madrugada en que San Ignacio de Loyola iba a salir de Azpeitia a hacer su peregrinaje, justo al comenzar a vestirse lo invadió tal temor y parálisis que, cuenta, los miembros se le agarrotaron y no podía ni meterse la ropa. Consiguió con enormes esfuerzos salir de su casa, aunque aquel temor lo seguía como una sombra. Hasta que dejó el burro en que iba y el morral que llevaba, se quedó totalmente solo y abandonado en un campo agreste y vacío, y así recuperó la fe. La soledad y el abandono le habían servido como antídoto contra el miedo. San Ignacio subió a un monte, ya sin aquella "cosa maligna" que antes traía dentro del cuerpo y, sin una gota de duda, lo invadió tal fuerza espiritual que empezó a gritar, a cantar y a hablar abiertamente con Dios, con quien estaba seguro de reunirse en caso de morir ahí mismo. ¿Tú crees de veras reunirte con tu Dios en caso de morir aquí mismo, Lucas?

*

—Desde mi niñez aprendí a temblar en el ápice de mis júbilos ante el presentimiento del dolor, cuyo arribo ha sido siempre inminente —mechones grises salpicaban los cabellos de Lorenzo y se le abrían unos profundos pliegues en la frente al empezar a hablar en el grupo de confesión—. Nunca me he equivocado. Ahora, hace apenas un par de